



Para Resurrección

Presentación

La celebración de la Pascua de Resurrección como fiesta central del año litúrgico, va tomando una creciente importancia en la vida eclesial de nuestros días. Importancia consagrada definitivamente por la Constitución Conciliar de la Sagrada Liturgia.

Pero es necesario que no sólo nos limitemos a la celebración oficial. Para que los misterios de la Resurrección del Señor calen hondo en nuestras vidas y en nuestras costumbres populares necesitamos contemplar y vivir esos misterios de un modo directo, cordial y existencial.

La Pasión del Señor ha calado tan hondo en nuestro pueblo gracias a mil actos y formas de piedad fuertemente enraizada en la vida concreta individual y social (imágenes, procesiones, celebraciones populares). Es inmenso e inagotable el bien que en este sentido ha realizado el Vía Crucis.

UN "VIA

celebrar la ción del Señor

Horacio Bel

En las Concentraciones religiosas, las Misiones Populares, Ejercicios y Retiros y en la piedad personal de muchos, el Vía Crucis les ha permitido una participación fuerte, inmediata y cordial en la Pasión de Cristo, con provecho espiritual incalculable.

Guiados e inspirados con toda sencillez por esta experiencia pastoral, proponemos a continuación un Ejercicio enteramente semejante al Vía Crucis para celebrar la Resurrección del Señor, recordando cada una de las apariciones que tan hermosamente nos narran los Evangelios.

Este Vía Gloriæ, por llamarle de un modo parecido, sería especialmente apropiado en los días de Pascua de Resurrección. Se podría practicar a fin de semana, es decir, en la vigilia del domingo como preparación al día del Señor, que es la conmemoración semanal de su Resurrección (Quizás habríamos de excluir los domingos de Adviento, Navidad, Cuaresma y Pasión).

En los Ejercicios de ocho días y en los retiros más breves no estaría fuera de lugar, según nos parece, recoger mediante un Ejercicio semejante el fruto espiritual que San Ignacio propone para la cuarta Semana en los Ejercicios de mes.

Realización del acto

Presentamos un Vía Gloriæ redactado breve y sencillamente. Confiamos en que, si la práctica resulta útil, escritores de más experiencia y fuerza sabrán dar a cada estación su más rico contenido y la expresión definitiva.

Para la disposición de las estaciones sigo el orden de los distintos pasajes que propone el P. Leal en su Sinopsis.

Lo fundamental creo que es: 1). Un orden constante que esté bien fundamentado exegeticamente, 2). El recuerdo vivo en cada estación del texto

GLORIAE"

Evangélico, y 3). *La aspiración a participar en la Resurrección y en la gloria de Cristo.*

Proponemos un comentario en cada estación, aun siendo el texto evangélico correspondiente tan rico, para presentar la escena con la máxima brevedad y con una aplicación inmediata y concreta.

Al hacerlo públicamente se puede proceder como en el Vía Crucis con sólo alguna modificación. Podría en-

cabezar el grupo una cruz desnuda con un lienzo blanco y los dos ciriales (o si fuese posible el Cirio Pascual o un cirio que lo representase).

Al empezar pueden cantarse los tres Aleluyas y el "Aclamad al Señor todas las naciones"; el "Regina coeli" o el "Ave María" antes o después de la segunda estación; "Alabad al Señor porque es bueno" y "Vayamos al Señor entre cantos y alegría" más adelante, y el "Christus vincit" o cualquier otro canto equivalente hacia el final.

ORACION PARA EMPEZAR

Señor que has querido alegrar al mundo con la Resurrección de tu Hijo: te rogamos que infundas en nosotros tu gracia sobreabundante.

Para que al contemplar los misterios de su gloria aumente la fe en nuestros corazones y nos vayamos "transfigurando de gloria en gloria como espejos vivientes de la Gloria del Señor".

Al participar en la alegría y gozo de Cristo Resucitado se afiance en nosotros la esperanza de resucitar espiritualmente y corporalmente con Él.

Y al ser iluminados por su divina Presencia aumente más y más la caridad y la vida sobrenatural en nuestras almas. Amén.

1. El sepulcro vacío

S Cristo ha resucitado Aleluya.

P. Y nosotros resucitaremos con Cristo Aleluya. Aleluya.

"Muy de mañana, el primer día de la semana, van las mujeres al sepulcro al salir el sol". (Mc 16, 2). "Y cuando entraron en el sepulcro, no encontraron el cuerpo del Señor Jesús" (Lc 24,3).

En este sepulcro te sepultaron nuestros pecados, Señor. Pero no estás aquí... Ya no estás entre los muertos. El Ángel nos lo anuncia con gozo. ¡Has resucitado, Señor! ¡Estás viviente entre nosotros como la persona más viva y real que existe! Hemos de abrir los ojos del alma con fe para descubrir tu presencia santa y preparar el corazón para salir al encuentro de tu persona en todos los caminos de nuestra vida. Nos lanzamos a tu encuentro, Señor, pues has surgido del sepulcro para ser para siempre la Resurrección y la Vida.

2. Aparición a Nuestra Señora

S. - Cristo ..

P. - Y nosotros.. (1)

“Alégrate Reina del cielo. Pues el que mereciste llevar en tu seno; ha resucitado como lo había dicho, aleluya. (del “Regina coeli”).

¿Cómo sospechar, Señora, la inefable alegría de vuestro encuentro? Después de tanto dolor, vuelves a recibir y abrazar a tu Hijo resucitado y viviente. En tu alegría representas, Señora, a toda la Iglesia que se estremece de gozo al celebrar la Resurrección de Cristo y que espera infatigable la resurrección santa de todos sus hijos.

Ayúdanos, Madre Nuestra, a participar en el misterio de la Alegría cristiana, recibiendo a Cristo resucitado en la Eucaristía cada domingo, cada día. Madre llena de santa alegría, ruega por nosotros.

3. Pedro y Juan van al sepulcro (Jn 20, 3-10).

No se contenta con oír. Quieren ser testigos personales del misterio de Cristo. Y en su entusiasmo... echan a correr. “Corrían los dos juntos”.

Concédenos Señor, este amor entusiasta y valiente hacia tu Persona y hacia todas las cosas de tu Reino... Para ser capaces de correr y participar en cada acontecimiento, grande o pequeño, en el que tengamos que ser testigos de tu Resurrección victoriosa, los testigos de tu Iglesia Viviente en el mundo que nos rodea.

4. Jesús se aparece a María Magdalena (Jn 20, 11-18)

Ella lloraba junto al sepulcro y creyó que era el jardinero. ¡Cuántas veces no te reconocemos, Señor, entre las preocupaciones de la vida estando Tú tan cerca de nosotros! Pero “Jesús le dijo: ¡María!”. Y ella volviéndose lo reconoció: “¡Maestro mío!”. Se encontraron y se reconocieron en el misterio de la oración, cuando Cristo Viviente se revela, y el cristiano se oye llamar por su verdadero nombre. Y se convierte y escucha el mensaje del Resucitado: “Ve a mis hermanos y díles: subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios”.

Enseñanos a orar, Señor, a rezar, a tratar de veras contigo, pues la Oración es la fuente auténtica de todo consuelo, de toda alegría y de todo apostolado.

5. Jesús se aparece a Pedro (Lc 24, 34)

¡Las miradas de Cristo cómo llegan al alma! Pedro traiciona y la mirada del Señor Paciente le destroza el alma de dolor. Pedro le busca y, al encontrarle de nuevo, la mirada del Señor Resu-

(1) La invocación y la respuesta del pueblo se repiten siempre después del enunciado de cada Estación.

citado le destroza el alma de alegría. ¡Qué misterio de comprensión, de reconciliación, de perdón inagotable!

Enseñanos, Señor, a “mirarnos así” los unos a los otros, a comprendernos, recociliarnos y perdonarnos “así”, como Tú nos has perdonado y amado.

6. Aparición a los discípulos de Emaús (Lc 24, 13-35).

Huían de Jerusalén, pero seguían buscando la verdad. Discutían por el camino, llenos de dudas y desilusiones. Cristo resucitado les acompaña, les pregunta, les enseña poco a poco el misterio de la Verdad Cristiana: “¿Acaso no era necesario que Cristo padeciese estas cosas antes de entrar en su gloria?” Ellos sienten que van con el Maestro, pero sólo caen en la cuenta plenamente en el gesto íntimo del partir del pan. Entonces conocen definitivamente a Cristo, Camino, Verdad y Vida.

Concédenos, Señor, el buscar, encontrar y vivir en la Verdad. la verdad enseñada y vivida en tu santa Iglesia. Y ayúdanos a dar testimonio de ella caminando, dialogando y conviviendo fraternalmente con nuestros hermanos.

7. Jesús se aparece a los discípulos en el Cenáculo

(Jn 20, 19-23).

Gracias, Señor, por esta aparición en el centro de tu Iglesia, en medio de tus Apóstoles como Príncipe de la paz. Gracias, Jesús Resucitado, por darnos una y otra vez tu paz confiando a tu Iglesia la misión del perdón, la reconciliación y esa paz que el mundo no puede dar. Gracias por habernos mostrado tus manos y ese Corazón tuyo abierto que es la fuente inagotable del Perdón divino: pues de él se derraman sobre nosotros los torrentes de la Misericordia y de la gracia.

8. Aparición a Tomás (Jn 20, 24-29).

Estando de nuevo reunidos se apareció de nuevo el Señor para manifestarse a Tomás, que no quería creer si no veía y palpaba las llagas de Cristo. Confundido y renovando su fe y su amor exclamó: “¡Señor mío y Dios mío!”. “Bienaventurados los que no vieron y creyeron”, le respondió el Señor.

Bienaventurados seremos todos nosotros, Señor Resucitado, si creemos en tu presencia viviente en la Iglesia a pesar de las apariencias, a pesar de todas nuestras dolorosas deficiencias, a pesar de no verte ni palparte. Pero felices también, Señor Jesús, si imitando la humanidad y benignidad de tu Corazón, nos damos unos a otros el testimonio visible, palpable y cordial de tu presencia en nuestras almas, de tu presencia en medio de nuestras familias y en medio de este pueblo tuyo que es la Iglesia.

9. Aparición en el Lago Tiberiades (Jn 21, 1-15).

Cristo Resucitado realiza la más hermosa de sus apariciones en ese mar de Tiberiades en donde trabaja la barca de Pedro, imagen de su Iglesia. Los discípulos trabajan sin fruto durante toda la noche. Al amanecer Cristo les ilumina desde la orilla. Les orienta y les anima. La pesca es abundantísima. Y el Señor les premia, les invita a tomar algo y a descansar en su Presencia.

Concedéndonos la gracia, Señor del Tiberiades, de trabajar así en nuestras tareas personales y en las grandes tareas comunes de toda tu Iglesia. Enséñanos a trabajar con esa diaria paciencia, docilidad y perseverancia animados por la esperanza invencible de ser acogidos y premiados con tu Presencia al arribar a las orillas de la Iglesia Triunfante.

10. El Señor habla con Pedro (Jn 21, 16-23).

“Cuando comieron, dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan ¿me amas más que éstos? Le responde: Sí, Señor, tu sabes que te amo. Jesús le dice: Apacienta mis corderos”. Repetida por tres veces la pregunta, Pedro renueva la confesión humilde de su amor y recibe definitivamente la misión suprema de regir a la Iglesia.

Que sepamos, Señor Jesús, aceptar nuestra misión y nuestras responsabilidades en la vida, confiando con toda el alma en tu Amistad, en tu Misericordia, y en tu inagotable Fidelidad. Y enséñanos para todo ello a confiar plenamente en los Pastores que has puesto al frente de tu Iglesia como representantes de tu Reino viviente entre nosotros.

11. Aparición de Jesús en el monte y misión evangelizadora

(Mt 28,16-20).

Los once Apóstoles se fueron al monte de Galilea que Jesús les había indicado. Allí en unión con muchos discípulos reciben la misión de enseñar y bautizar a todos los pueblos. “Y sabed que Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”.

¡Qué gran empresa, Señor, has confiado a tu Iglesia Misionera! ¡Qué gran tarea la de cada cristiano que ha de ser auténtico misionero en su ambiente! Misioneros que comprometen su vida toda para ayudar a sus hermanos, para hacer cristianos los espíritus, las costumbres y los corazones de todos los hombres que le rodean. Nosotros también confiaremos, Jesús Resucitado, en que Tú estás con tu Iglesia todos los días hasta el final de cada etapa y hasta el final de toda la historia.

12. Jesús se aparece en Jerusalén (Lc 24, 44-49).

“Comiendo con ellos por última vez en Jerusalén, les abrió la mente para que comprendiesen las Escrituras y les dijo: Así

esta escrito que el Cristo tenía que padecer y resucitar al tercer día para que se predicase la penitencia y el perdón a todos los pueblos. Esperad unos días y recibiréis el Espíritu Santo”.

Sólo conviviendo contigo en la Familia eclesial se abrirán nuestros corazones para comprender, Señor, los misterios dolorosos y también los misterios gloriosos de la vida cristiana. Solamente permaneciendo unidos, fraternalmente, en tu Iglesia, recibiremos el Espíritu Santo, Consolador y Guía definitivo de nuestras almas. Concédenos Señor Jesús un corazón eclesial y católico hasta lo más íntimo del alma.

13. La Ascensión del Señor (Lc 24, 50-51).

“Después les sacó hacia Betania. Alzó sus manos y les bendijo, y mientras los bendecía se separó de ellos y fue llevado al cielo”. “Y desde entonces está sentado el Señor a la derecha del poder de Dios”.

No te apartas de nosotros, Jesús. Tu Ascensión simboliza y representa tu unión definitiva y gloriosa con el Padre. Tu unión con el Dios Vivo y Verdadero que actúa en la Historia de la salvación y reina por los siglos de los siglos en medio de su Pueblo.

Representa tu victoria sobre el mundo, la victoria de cada cristiano en la fe, la esperanza y el amor.

14. Presencia permanente del Señor Resucitado en su Iglesia (Apoc. 22,17).

No es una presencia estática, inmutable y lejana. El Señor Jesús vive en su Iglesia; y se manifiesta como “el que Es, el que Era y el que viene”. Viene a cada época histórica, viene a cada camino de la vida a nuestro encuentro. Y viene para salvarnos, elevarnos y santificarnos. Y por ello la Iglesia en cada época y en cada alma, clama con inmensa fe: “Ven Señor Jesús”. Ven, Señor, a reinar en nuestras vidas, en nuestras familias y en nuestro pueblo. Ven a reinar para siempre entre nosotros. Amén.

ORACION FINAL

Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, dignate hacernos partícipes, cada día más, de la Muerte y Resurrección de tu Hijo. Concédenos el que, muertos al pecado, vivamos sólo para tu Reino. Que resucitados con Cristo busquemos las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a tu derecha. Aspiremos a las cosas de arriba, no a las de la tierra. Porque hemos muerto y nuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Para que, cuando Cristo se manifiestare, que es nuestra Vida, entonces también seamos con El manifestados en gloria. Amén. (Colos 3, 1-4).